

UN LATIN LOVER EN EL OLIMPO

Tuvo faldas, muchas faldas, el dios Zeus. Su nombre tiene la misma raíz que la palabra latina “dies”. Zeus, puesto al día, sería algo así como el Rey Sol. Pronto se convirtió en el mandamás del Olimpo. Ahora bien, su absolutismo no llegó hasta el punto del hebreo Yahvé. Permitted que otros dioses menores robaran plano junto a su eminencia divina. Un personaje real con tanto brillo es lógico que deslumbrase a sus amantes dejando caer algún que otro diamante. A ninguna hizo ascos. Además de la legítima Hera tuvo amoríos con otras muchas mortales. Dejó la Hélade llena de hijos bastardos.

Sus conquistas amorosas no fueron siempre honestas. Con frecuencia recurría a la metamorfosis en unos tiempos en que no era delito la suplantación de la personalidad. A la joven Europa la raptó extrañamente convirtiéndose en un toro en lugar de rendirla como un “toreador”. Pero no terminan aquí las cabronadas de un dios amamantado por la cabra Amaltea. Siendo maestro del disfraz engañó a la virtuosa Alcmena haciéndose pasar por su marido Anfitrión. En algunas islas oceánicas la hospitalidad del marido llega hasta el extremo de ceder a la esposa y las hijas a un invitado. Y no es preciso alquilar un traje...

Como puede verse, Zeus no es una figura recomendable para los menores de catorce años. Con el garzón Ganimedes, su copero, tuvo una experiencia homosexual y ni siquiera se libra del cargo de incesto con una hermana.

Pero todas esas cosas se les perdonan siempre a los caciques. Como dios de la naturaleza física y los fenómenos celestes, Zeus (o Júpiter, para los romanos) es variable como el tiempo. Unas vez está de buen humor y sonrío lanzando destellos como en un anuncio de un dentífrico; otras, truena y nos lanza fulminantes rayos fabricados en la casa Vulcano. Si antaño hubiese existido la cinematografía hollywoodiense algún cineasta habría hecho “Fulminator” 1, 2, 3 y 4.

Un monarca tan poderoso y de tan malas pulgas no puede fiarse ni de su padre. En efecto, Crono (al que le habían profetizado que un hijo suyo lo destronaría) abandonó al muchacho que de buenas se libró de la muerte. Ya mozo, el tronante Zeus repite la misma historia con su prole. Evidentemente el filicidio tiene un problema. Se necesita un descendiente para que no se acabe la dinastía, algo deseable aunque seamos inmortales. ¿Qué hará nuestro hombre? En la actualidad podemos esperar todo de la revolución biológica. Pero en la era olímpica solo se tenía el recurso de la imaginación. Hefesto le dio un hachazo a la cabeza de Zeus y en vez de caer muerto seco, como podía esperarse, surgió de la oquedad una diosa armada con lanza y escudo: Palas Atenea. La Minerva de los griegos simboliza la sabiduría y haber nacido de la cabeza es un signo visible de que las ideas o el conocimiento no tienen su sede en el hígado o el estómago.

Sin embargo, tal fábula tiene ilustres contradictores. Cierta Padre de la Iglesia, polemizando con los paganos, se deja llevar de un ingenuo machismo: “¡Qué absurdo-exclama san Justino - creer que el pensamiento puede representarse en una mujer!”. El mártir cristiano no había oído hablar quizás de Aspasia, la intelectual amante de Pericles, ni tampoco de aquella Lisistrata, personaje de Aristófanes, aquella mujer que protagonizó el primer “no a la guerra” mediante una “huelga de sexo” marital. Ciertamente Zeus fue un verdadero *latin lover* en el Olimpo.

Pablo Galindo Arlés 23 de enero de 2015



